

Anexo III

(ilustración y textos explicativos)



TÍTULO: Bacanales, representación femenina del culto a Baco

AUTORAS: Catherine Hernández González (ilustración y contexto) y Paula Pacheco Espín (contexto)

PRESENTACIÓN: El objetivo de esta ilustración se trata de la representación de las mujeres romanas como protagonistas en las festividades rituales en honor al dios Baco, de manera que la imagen pretende situarse entre los siglos II y III a.C., cuando las mujeres eran las únicas que llevaban a cabo estas prácticas antes de la llegada de la reforma de Pacula Annia y la incorporación de los hombres. Siendo esta última la imagen general que se tiene acerca de este tipo de festividades, una celebración mixta en el que tanto hombres como mujeres rendían honor a Baco a través de la expresión de sus pasiones. Por tanto, la finalidad de esta imagen pretende potenciar la figura femenina en las Bacanales, en un intento de acercamiento a la esencia de la celebración.

DESCRIPCIÓN DETALLADA DE LA ESCENA:

La escena que contemplamos en la ilustración representa una Bacanal, herencia de las fiestas dionisiacas de Grecia, en las cuales se rendía culto al dios Dioniso, o en el caso de Roma, Baco, divinidad representativa del vino, las fiestas y la agricultura. Estos ritos comenzaron a realizarse alrededor del año 200 a.C. sobre el mes de marzo con motivo del comienzo de la primavera (por lo que, en términos actuales, la festividad se llevaría a cabo entorno a mediados del mes), la época que más se asocia con la agricultura y la fertilidad de los campos, estrechamente vinculadas con la

relación entre Baco y Liber (Millán Estañ, J.J., 2009), el dios de la abundancia y el crecimiento de los cultivos. Las Bacanales, como tal, se consideran como “rituales que no implican obligatoriedad y son llevados a cabo por grupos reducidos” (A. Prieto Arciniega y M.^a E. Sanahuja Yll, 1981), refiriéndonos en este caso como grupo reducido a las mujeres.

Encontramos en la imagen como figura principal a un grupo conformado únicamente por mujeres, pues al principio eran las únicas participantes de estas prácticas, al menos hasta la llegada del siglo II y III d.C. La figura femenina cobra una enorme relevancia en estos ritos, pues desde el inicio de los tiempos se ha tendido a asociar la fertilidad de la tierra con la fertilidad del cuerpo femenino, en referencia a la capacidad de crear vida. Por ello, se creía que la participación en estas actividades tendría como recompensa una mejora respecto al embarazo, la mejora de la cosecha y, en general, la prosperación de la civilización. Cabe recalcar que estas prácticas eran nocturnas y clandestinas, y llegó un momento en el que las participantes y los participantes masculinos posteriores fueron perseguidos, inculpados, e incluso algunos acabaron siendo condenados a la pena máxima. Las Bacanales, como se ha mencionado anteriormente, eran unas festividades puramente reservadas al sexo femenino, pero con la llegada de Paculla Annia y su reforma se permitió la incorporación de hombres y mujeres más jóvenes.

Es habitual el asociar esta práctica de las Bacanales a su celebración en el Monte Aventino, en la arboleda; por ello se quiso incorporar un ambiente forestal en la imagen, a fin de hacer alusión a dicha ubicación. A su vez, podemos distinguir varios elementos representativos y simbólicos que son utilizados por las mujeres, relacionados al culto de la divinidad. En primer lugar, destacan las copas de vino y las uvas que sujetan. El vino era el elemento más usualmente representativo de las Bacanales, ya que sus propiedades dejaban al cuerpo humano en un estado de “éxtasis”, una locura mística que alude a las seguidoras originales de Baco (las bacantes, emuladoras de las Ménades), ligando y trasladando lo divino al ámbito terrenal con ese cambio mental en las mujeres mortales, estando estas “fuera de sí” (Manzano Guerrero, A., 2017). Este proceso que alude al consumo del vino se creía que era necesario para poder llegar a tener una conexión divina con la deidad a la que se rendía culto. Esto lo podemos apreciar en las expresiones alegres de las muchachas y los movimientos curvos de la danza que están realizando. Además, era una bebida cuyo consumo estaba vetado a las mujeres, de manera que solamente podían ingerirla en estas actividades secretas, reforzando el carácter rebelde de la festividad. Al tratarse de un ritual nocturno, era común el uso de antorchas, agregando de cierta manera un poco más de esos ciertos rasgos de misticismo que contiene la festividad. En relación con esa “conexión espiritual” anteriormente mencionada, encontramos la música como otro elemento casi indispensable en estos rituales, pues no solo acompañaba a los bailes, sino que también, en base a la tradición griega, era necesaria para establecer relación con la divinidad y, por ende, esta misma tradición pasó a formar parte del imaginario romano en cuanto a estas prácticas. Algunos instrumentos comúnmente utilizados eran el aulós, una flauta doble muy utilizada en este tipo de festividades, y es posiblemente uno de los elementos que se ve más repetidamente en la iconografía; el tímpano, instrumento similar a las actuales panderetas, el cual cumplía con ese motivo percusivo. También se presencia la lira y los címbalos, una especie de platillos cuyo sonido envolvente y vibrante era adecuado para ser escuchado por todo el grupo participante.

Por otra parte, destacan dentro de la escena, las prendas utilizadas por las mujeres. Al contrario que en la cultura griega, las ciudadanas romanas iban mucho más cubiertas que las griegas por cuestión de valores. En el caso de los ropajes que se utilizan en la imagen, estos se componen por el quitón, similar a la prenda con el mismo nombre utilizada en la Antigua Grecia que los romanos adaptaron a su época; la palla, una prenda que se asemeja a la toga masculina, y la cual solamente la posee la mujer que se encuentra junto a la columna jónica (la cual es un elemento representativo de la feminidad) ubicada en la izquierda; la subucula, prenda que garantizaba la comodidad de quien la portaba, y la stola, vestido largo que, en caso de tener una franja por debajo, significaba que la mujer estaba casada. En la ilustración se aprecia la presencia de exactamente dos mujeres casadas; estas solían ir muy tapadas y normalmente portaban un velo. En este caso se ha incluido el velo como medio representativo del matrimonio, pero también se toma en cuenta el aspecto de la conexión con la naturaleza, reforzado con el uso de ropajes más sueltos y cómodos y el no uso del calzado. Aunque ello no quiere decir que no se utilizase, pues, por el contrario, lo más común en Roma era su uso. Como accesorio adicional a sus vestimentas encontramos la ornamenta, las decoraciones, las coronas de vid y las uvas, siendo estas últimas muy representativas del dios Baco, con las que se le representa con frecuencia en la iconografía y es un recurso que se tiene cierta constancia de que solía utilizarse en estas festividades. En cuanto al peinado de las mujeres, era frecuente que las mujeres romanas se realizasen tocados llenos de adornos y piezas de joyería, pero esta era una práctica más exclusiva de aquellas que fuesen de una familia noble o tuviesen un nivel adquisitivo mayor.

BIBLIOGRAFÍA

Guerrero Manzano, A. (2017) Dioniso: La integración de la oscuridad, pág. 3.

Millán Estañ, J. J. (2009) Aspectos de sexualidad en la Antigua Grecia: Orgías, falos y Bacanales.

Oria Segura, M. (2017) Mujeres y religión en el mundo romano: enfoques cambiantes, actitudes presentes, Universidad de Sevilla, pág. 76-80.

Prieto Arciniega, A. y Sanahuja Yll, M.^a E. (1981) El Papel de la mujer de las bacanales romanas: Memorias de la historia antigua, número 5. Dedicado a: Paganismo y cristianismo en el occidente del Imperio Romano, pág. 143-152.